

Rodoreda en el desguace

SERGI PÀMIES

Ningún escritor vivo sobrevive a un año de homenajes. Sólo los muertos soportan esos fastos que, con la minuciosidad de una autopsia, desmenuzan la vida y la obra consiguiendo un efecto *trinxat* entre lo escrito y lo vivido. Mercè Rodoreda lo tiene todo para triunfar en la industria de la efeméride. Así como Verdguer resucitó una época paranormal de nuestras letras, sin obviedades gráficas susceptibles de generar iconografías resultonas (más allá del retrato de los billetes de 500 pesetas), Rodoreda ofrece un soporte audiovisual que estimula la necrofilia documentalista. Hay grabaciones en las que, con refrido vigor adolescente, Rodoreda celebra la gloria lingüística de Pompeu Fabra (una de sus apuestas más acertadamente constantes), celuloide doméstico en el que la escritora aparece dominando la escena con una coquetería escenográfica que le permite llevar pantalones y acariciar un pastor alemán al mismo tiempo. Nunca pierde el encuadre, en el que se percibe la presencia de plantas y flores estratégicamente situadas para subrayar lo melancólico de la estampa. También hay fotografías suizas o parisinas, con nubarrones intelectuales y gabardinas existencialistas, y cartas escritas con un puño y una letra que confunde a los grafólogos.

En este contexto de bombardeo biográfico, ¿cuál debe ser la actitud del aficionado? ¿Sentirse culpable por no conocer a uno de sus clásicos o correr a los refugios? Humildemente, propongo que nos protejamos de los efectos más perniciosos de la efeméride atacando en lugar de defendernos. Primera medida: hacerse con alguno de los libros sobre la autora (*Rodoreda, exili i desig*, de Mercè Ibarz, por ejemplo). Segunda medida: leerlo. Felizmente recuperado de un minoritario naufragio divulgativo, el libro de Ibarz nos ayudará a descubrir cosas dignas de un culebrón sudamericano pero ambientado en esa Barcelona de montaña en la que todo el mundo finge que no le afectan los contrastes de una orografía tan colombiana que, si me permiten aventurar una hipótesis, influye en el carácter de sus habitantes y en la inestabilidad creativa de sus artistas (el barrio lleva el nombre de un mártir cuyos restos fueron descubiertos en una iglesia milanesa y la calle en la que vivió Rodoreda homenajea a un litera-

to castigado por la posteridad).

Pero volvamos a la sinopsis del culebrón rodorediano: la joven Mercè se casa con su tío y convierte a su madre en cuñada. Semejante arranque demuestra un sentido del riesgo que incluirá un hijo con el que mantendrá dolorosas distancias, maceradas en un exilio con pasiones amoroso-literarias tan estudiadas por la historiografía forense que dan ganas de prohibir más análisis y preservar lo que queda -puro hueso- de intimidad. La vida incluye la sospecha de amores tangibles o platónicos con hombres que pudieron ser (o parecer) espías. Y también unos psicossomáticos bajones diagnosticados como anemias, parálisis y neurosis. Son tres nombres que podrían servir perfectamente para bautizar las flores que acompañan un



Propongo que nos protejamos de los efectos perniciosos de la efeméride atacando en vez de defendernos

recorrido literario que, después de muchos rodeos, necesitó el mandarín de los setenta para certificar un prestigio que, con bastantes menos puñetas, también le dieron los lectores.

Los guionistas no repararon en gastos e incluyeron en la trama personajes secundarios dignos de ganar un premio al mejor actor de reparto: Julio Cortázar, por ejemplo, emparentado por afinidades literarias y una hipochondría que se traducía en un intercambio de cartas con el amante-mentor de Rodoreda, esa doble personalidad culta e intimidadora, capaz de utilizar adecuadamente un adjetivo tan in-

cómodo como “proteico”.

Podemos sobrevivir a este año organizando escapadas a lo que queda del barrio rodorediano, dos calles paralelas con aromas a puticlub (no se percibe ni la luz ni el ambiente republicano de sus libros) y en las que, de madrugada, se oyen rugir motores suicidas calle Balmes abajo. En cuanto a lo literario, seamos exquisitos y despreciemos las obras excesivamente populares. Ninguno de *La plaça del Diamant* y centrémonos en *La mort i la primavera* o *Quanta, quanta guerra*, o destaquemos cuentos marcados por disonancias y acertados comienzos, como aquel “A les meves amigues els va fer riure molt que en Miquel em deixés”. Destaquemos la obsesión por describir dolores minerales con metáforas vegetales, reconozcamos las especies que se detectan en su obra (sabores a Verdguer, a Ruyra, a Carner), insistamos en la neurosis y en el hijo ausente, intuido en visionarios sonetos cosmogónicos. Constatemos que Rodoreda necesitó, para ser lo que es, a un ejército de preceptores, amigos fieles, enemigos leales, ecuanimes saludados, entusiastas defensores, correspondencias ricas en justificaciones paralizantes. Y, además, una sensibilidad por lo coetáneo que, siendo mayoritaria, se publicita como excepción añadida a un corpus que, sin ánimo de sabotear el entusiasmo institucionalizado, deberá calificarse de “desigual”, un adjetivo lo bastante desprestigiado para que nadie repare en su tramposa estructura.

¿Vivirá Rodoreda en este año en mayúsculas? Probablemente, y haremos indigestos cócteles con su bilis, su talento y su melancolía y le añadiremos toda la artillería documental de la que seremos capaces, e ilustraremos sus paseos en blanco y negro con pianos vagamente mompounianos, y ralentizaremos las imágenes porque, por razones que se me escapan, el exilio, la soledad y la tristeza, la posguerra y la distancia quedan bien así, ralentizados, mientras que los tumultos y las movilizaciones obreras, las escabechinas y las revoluciones quedan mejor aceleradas. En cuanto a su fama de persona dolorosamente divertida y provocativamente independiente, no es relevante, ya que sus libros (y sus personajes) desmienten casi todos los tópicos que seamos capaces de reunir para recordarla. Suponiendo que se trate de recordarla, claro.

tir de textos de muy diversa naturaleza (desde cartas hasta fragmentos de entrevista, pasajes y prólogos de novela) se compone un retrato de Rodoreda por Rodoreda, que nunca llega a coger el tono, por la mezcla de textos de diferentes épocas, escritos en circunstancias diversas y con variadas intenciones, y a causa de las continuas notas y apostillas. *Descobrint Rodoreda* de Lluís Hernández i Sonali es una obra para escolares, compuesta de una primera parte (Rodoreda explicada a su hija mayor), una breve biografía y una enciclopedia temática. En todas las literaturas existen diccionarios que ayudan a los lectores a resolver dudas y que plantean diversos itinerarios por la obra. Sorprende, en este caso, el tono subjetivo y de estar por casa de muchas entradas. Página 127: “L’àlbum biogràfic que Marta Nadal va fer l’any 2000, per encàrrec de la Fundació Mercè Rodoreda, ha estat, per a un ingenu lector de biografies com un servidor, un desvetllament inesperat. He de confessar que, en un primer moment, quan el vaig trobar en una llibreria, vaig descartar la idea de

Hay una generación de jóvenes narradores catalanes cuya lectura de la autora está visible en lo que escriben

comprar-lo: llavors tenia una mica avorrits els llibres de fotos, en format gran, amb paper gruixut i lluent, que sovint eren tan buits de contingut en els textos com espectaculars -i només espectaculars- n’eren les fotografies. Etc.”. ¿Esto es lo que cabe esperar de un diccionario? La divulgación para el público infantil ocupa todo un anaquel, con álbumes ilustrados y la recuperación de los cuentos para niños que escribió la autora.

Si uno se dedica a pasear por las exposiciones, a mirar las portadas de libros (la nueva edición de *Tots els contes* de Edicions 62, que incorpora *Viatges i flors*, con una foto de una salamandra que es un espanto), a mirar catálogos y álbumes, llega a la conclusión de que no se ha acertado a crear una imagen contemporánea de la autora y de su mundo. Siempre los mismos retratos, repetidos una y otra vez, las mismas fotografías del jardín familiar y de la Francia ocupada. Paralelamente, la obra de Rodoreda acostumbra a leerse desde la endogamia de unos mismos referentes e idénticos tópicos, cortando cualquier conexión que no caiga en lo obvio con las corrientes intelectuales y artísticas de su tiempo y de la cultura actual. Las principales novelas de Rodoreda se encuentran disponibles en castellano en ediciones modernas de la editorial Edhasa y muchos de sus títulos se han publicado en las principales len- >

OBRAS DE MERCÈ RODOREDÀ

Novelas en catalán publicadas por Club Editor: **La plaça del Diamant; El carrer de les Camèlies; Jardí vora el mar; Mirall trencat; Quanta, quanta guerra; La mort i la primavera**

Tots els contes
EDICIONS 62, 470 PÁGS., 25 EUROS

Cuentos
EDHASA, 640 PÁGS., 28,50 EUROS

La plaza del Diamante / La calle de las Camelias
EDHASA, 503 PÁGS., 24,50 EUROS

La plaça del Diamant
PROA, 194 PÁGS., 13 EUROS (ADAPTACIÓN TEATRAL DE J. M. BENET I JORNET. PRÓLOGO DE MARIA CAMPILLO)

SOBRE LA AUTORA

Mercè Ibarz Rodoreda: exili i desig
EMPURIES, 258 PÁGS., 20 EUROS

Mònica Miró Vinaixa y Abraham Mohino Balet (ed.) Mercè Rodoreda. Autoretrat
ANGLE, 350 PÁGS., 27 EUROS

‘Paper de Vidre’ Lectura obligatòria. Especial sobre Mercè Rodoreda
WWW.PAPERDEVIDRE.NET

EDICIONES PARA NIÑOS Y JÓVENES

Ediciones de las novelas a cargo de Club Editor Jove

Lluís Hernández i Sonali Descobrint Mercè Rodoreda
LA GALERA, 171 PÁGS., 11 EUROS

Mercè Rodoreda Formiga
CRUÏLLA, 46 PÁGS., 4,5 EUROS (ILUSTRACIONES DE LEONARD BEARD)

Contes infantils de Mercè Rodoreda
EDICIONS BAULA, 13,60 EUROS (ILUSTRACIONES DE SUBI)

En la página 10, la escritora fotografiada por Guillermina Puig. Las fotos de las páginas 11, 12 y 13 se han extraído del libro ‘Mercè Rodoreda. Autoretrat’ (Angle Editorial)